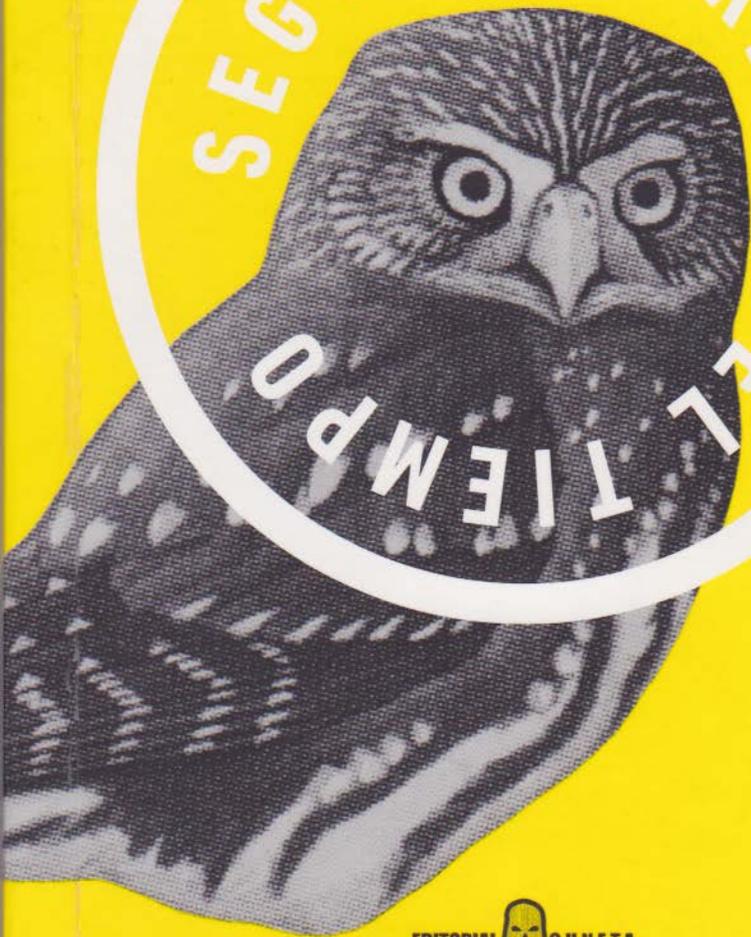


JUAN-AGUSTÍN PALAZUELOS

SEGÚN EL ORDEN
DEL TIEMPO



EDITORIAL  CUNETA

PRÓLOGO

Notas necesarias sobre Juan-Agustín Palazuelos Primera parte

Por Roberto Gac¹

Ante todo, amable lector, saludemos el esfuerzo de la Editorial Cuneta para rescatar del olvido a uno de los más originales escritores chilenos de la segunda mitad del siglo XX, Juan-Agustín Palazuelos. J-A (así le gustaba firmarse) murió prematuramente a la edad de 33 años dejando como toda herencia sólo dos novelas –*Según el orden del tiempo* y *Muy temprano para Santiago*– más algunas breves pero preciosas joyas literarias que él denominaba *antinovelas*. Jorge Luis Borges decía que a los escritores no nos gusta reconocer la influencia de nuestros contemporáneos. No es mi caso. Juan-Agustín, a quien conocí apenas dos años antes de su muerte, no sólo fue uno de mis grandes amigos de juventud, sino

¹ Roberto Gac Artigas, nacido en Santiago de Chile, en diciembre de 1941, fue médico psiquiatra en el mineral El Teniente (Braden Copper Co.), antes de poner término a su práctica de la medicina en 1968 en el Columbus Hospital (Manhattan, N.Y.) y dedicarse exclusivamente a la literatura. Hizo sus estudios en el Instituto San José de Temuco (congregación de La Salle), en el Instituto O'Higgins de Rancagua (Hermanos Maristas) y fue doble bachiller en Ciencias y en Letras (1957-1958). Inició luego sus estudios de medicina en la Universidad Católica de Santiago y, paralelamente, sus estudios de filosofía, de antropología y de criminología en la Universidad de Chile. En Francia completó estudios en la Sorbona (Institut de Psychologie, Paris V) y en el Instituto Gurdjieff de París. Su obra, consagrada al desarrollo de un género literario post-novelesco –el intertexto– está escrita en castellano y en francés. Su web es: www.roberto-gac.com

también, en buena medida, mi maestro literario. Como lo cuento en *El Bautismo*, mi primer libro publicado en Europa (Barcelona: Montesinos Editor, 1983), él me mostró el camino de la literatura auténtica, aquélla que no busca ni el dinero ni los honores, sino el desarrollo de la conciencia tanto del escritor como del lector. Fue Mauricio Wacquez, nuestro amigo común, quien nos presentó cuando yo todavía era psiquiatra, ayudante de Franz Hoffmann y Claudio Naranjo en el Instituto de Antropología Médica de la Universidad de Chile. Pero esto ya hace parte de mi propia historia y sólo agregaré, antes de contar algunas anécdotas palazuelianas extraídas de *El Bautismo*, que fue el encuentro con Juan-Agustín lo que me decidió a dejar mi profesión de médico para consagrarme, exclusivamente, a la literatura. Por ello puedo decir, tras casi medio siglo de escritura tanto en español como en francés, que mi obra literaria es una continuación de la suya. La amistad genuina es, sin duda alguna, uno de los puentes que permiten sobrepasar el olvido y la muerte.

Juan-Agustín Palazuelos Varas (1936-1969) nieto y nieto de los dos más importantes ministros chilenos del siglo XIX, Diego Portales Palazuelos y Antonio Varas; hijo, sobrino y primo de grandes y arruinados propietarios de la tierra, se educó en un colegio regentado por la Compañía de Jesús, a cuyas aulas ingresaría en la época del apogeo de la segunda guerra mundial. Palazuelos, alumno a la vez irregular y brillante, dejaría el liceo de los Padres Franceses para completar sus estudios secundarios en la Escuela Militar Bernardo O'Higgins. Había allí un excelente profesor de inglés, educado en Oxford, y fue de él que aprendió la lengua de Shakespeare con una perfección tal que una de mis amigas, oriunda de Inglaterra, exclamaría asombrada al conocerlo: "He speaks English better than me!", con más rabia por la súbita

conciencia de su inferioridad lingüística, que admiración por un hecho poco frecuente en las cercanías del Mapocho. En cambio el poeta Paul Engle, que acogería a J-A en el International Writing Workshop de la Universidad de Iowa, no ahorraría sus elogios frente al fenómeno, también raro en las proximidades del Mississippi, como deja constancia en alguna de sus cartas a José Donoso, profesor de la prestigiosa universidad del Middle West.

Políglota era pues Palazuelos –al dominio del inglés y del francés cabe agregar la fluidez de su italiano y su manejo pedagógico del griego, del latín–, por muchos celos que este poliglotismo a la James Joyce despertara en Pepe Donoso. Las diatribas entre ambos escritores fueron célebres en el mundillo intelectual santiaguino de los años 60, que miraba esos debates como quien observa una disputa entre padre e hijo. En efecto –y el gesto honora al hombre– fue Donoso quien impondría a la Editora Zig-Zag la publicación de *Según el orden del tiempo*, la primera novela de J-A, en un momento en que se preparaba para pedir un préstamo bancario y publicar el texto por su propia cuenta y riesgo. Y fue también Donoso quien impuso a Palazuelos como redactor de la revista *Ercilla*, el mejor semanario nacional en esos años. Su generosidad no impidió que J-A, tan bromista como fanfarrón, asegurara al sufrido Pepe que al aparecer *Según el orden del tiempo* en Santiago, *Coronación*, importante novela donosiana, desaparecería en la nada. Cruel destino el de mi amigo, de cuyos libros hoy día nadie habla, mientras que *Coronación* sigue editándose y leyéndose en toda América Latina.

Según el orden del tiempo –texto en cuyo complejo pero delicado proceso narrativo brota y se despliega una conciencia luminosa, refulgente como la escritura que la nutre y la sostiene– marca el

comienzo de una generación novísima en la literatura chilena, caracterizada por el surgimiento de un estilo en el cual el Yo del escritor se une íntimamente a la narración, como Proust en *A la Recherche du Temps Perdu*. Realismo y magia son sobrepasados proustianamente (Proust era, junto a Joyce, otro de los maestros de los cuales se reclamaba J-A) para ofrecer al lector un contacto directo con otra conciencia hecha escritura, con una escritura hecha conciencia, en un diálogo crítico y vivo, movedizo y evolutivo como el propio acontecer humano. Coincidencia extraña: Palazuelos publicaba en Santiago su primer libro al mismo tiempo que un escritor latinoamericano –nacido como él en el año 1936– hacía estallar el «boom» con su segunda novela. Mario Vargas Llosa y *La casa verde* acaparaban la atención internacional, relegando la aparición de obras como *Según el orden del tiempo* a la categoría de fenómeno regional y secundario, sin importancia inmediata para el resto del movimiento literario latinoamericano. Y mientras el novelista limeño acumulaba misteriosamente, con su prosa quebrada y sucia, escrita al galope, honores, fama y riquezas, J-A observaba con amargura que su obra, si bien reconocida por los críticos chilenos más lúcidos como un texto de elevado valor estético, no lograba elevarse por encima del murallón de los Andes y de las escarpadas barreras comerciales que contribuyen a determinar en nuestra sociedad la vida o la muerte de un escritor.

Joyce y Proust –pero también Cervantes y Dante Alighieri– eran las referencias clásicas de Palazuelos que afirmaba, borgianamente, abominar de la novela como género literario. “Antinovelista” se declaraba, provocando el asombro y también la hilaridad de sus camaradas de generación cuando en algún bar o café de intelectuales leía sus “antinovelas”, brevísimas narraciones trabajadas como un poema. En efecto, esas antinovelas reconocen su antecedente

chileno más cercano (y equívoco) en los “antipoemas” de Nicanor Parra, quien fuera otro de los amigos de Juan-Agustín. Nuestros diálogos con Palazuelos transcurrían salpicados de endecasílabos extraídos, entre risas, de la obra del venerable antipoeta. Lo curioso es que algunos de esos endecasílabos fueron compuestos por el propio Juan-Agustín (o en colaboración con él) durante las innumerables conversaciones que hubo entre los dos escritores en La Reina, antes de que la amistad fuera debilitándose poco a poco, quizás porque Palazuelos tenía la fea costumbre de poner los ojos en blanco cuando miraba al cielo. “Un ojo blanco no me dice nada”, se reía Nicanor, con precisas once sílabas.

Juan-Agustín estimó, pues, a Parra, pero también a Borges, a Cortázar, en cierto modo a Sábato, y reconocía la influencia decisiva de los escritores argentinos en la evolución de nuestra literatura. Ernesto Sábato, de quien se rumoreaba que había sido uno de los pretendientes de Josefina, la esposa uruguaya de mi amigo, sentía poca simpatía por Palazuelos al cual, sin embargo, recibió más de una vez en su casa. *Sobre héroes y tumbas* junto con *Rayuela*, *Ficciones* y otros textos traídos por J-A desde Buenos Aires, ocupaban un lugar de privilegio en su biblioteca personal, que lo acompañaba por todas partes donde le tocó vivir, incluso en su última residencia en Chile, una modesta casa de campesinos alquilada en una colina de Guayacán, en el cajón del Río Maipo.

Fue allí donde lo sorprendió, en los meses de julio-agosto de 1968, cuando empezaba a escribir su *Antología para Santiago*, una invitación de la Ford Foundation para pasar un año en el International Writing Workshop de la Universidad de Iowa: alojamiento, un montón de dólares al mes, pasaje de ida y vuelta, sin otra obligación que la de presentarse desde entonces como “Ford

Fellow". Nada más, nada menos. Aquella era la tardía respuesta a una demanda de beca presentada por Palazuelos cuando la miseria lo amenazaba muy de cerca. Pero con el tiempo esa diligencia fue olvidada, al punto de que J-A nunca hablaba de ella. Sin embargo la seriedad de los responsables culturales de la Ford y la investigación ritual que realizaría la embajada estadounidense en Santiago sobre la obra y la vida del joven escritor, darían su resultado: alguien allá en la universidad de Iowa confirmó la utilidad de llevarlo a los Estados Unidos.

La angustia y el entusiasmo se mezclaron por partes iguales en Juan-Agustín. Partir a Estados Unidos significaba alejarse de su familia y de la casa de Guayacán, donde comenzaba a construir una vida que prometía consolidarse modestamente, aunque con la luminosidad del creador auténtico. Renunciar a la beca era rehusar —en plena pobreza— un cheque de cinco mil dólares de aquel entonces y privarse de un contacto privilegiado con 50 jóvenes escritores venidos de todo el mundo. Finalmente J-A optó por una solución que le pareció intermedia. Con su divertida y proverbial arrogancia hizo saber a la Ford Foundation que, tomando en consideración el hecho inverosímil de que en el Estado de Iowa el goce sexual con muchachas menores de dieciocho años es castigado por la ley y que en general la fornicación es desaconsejada a toda edad, él —Juan-Agustín Palazuelos Varas— no estaba dispuesto a masturbarse durante los diez meses de duración de la beca. En consecuencia rechazaba la invitación, salvo si se le permitía viajar, como era natural, con su mujer e hijos, su hermana menor Marisa, el perro Sócrates, y llevar en sus maletas su colección de estribos e incunables.

La Ford Foundation realizó cálculos, llegó a la conclusión de

que comprar a un escritor latinoamericano del calado de J-A, bien valía un puñado de dólares más. Así, Josefina, Marisa y los niños se encontraron incluidos en la beca y sólo el perro Sócrates, que sintió y lloró, impotente, su tragedia, tuvo que permanecer en Chile.

Una vez instalado en Iowa City con toda la familia (Paul Engle había tenido la amabilidad de reservarles una casa con patio y jardín), Juan-Agustín comprobó que en aquella llanura del Medio-Oeste no sólo el placer sexual era estigmatizado por la Ley (The Law), sino que además la venta de alcohol en mercados, tiendas y almacenes estaba prohibida. Para proveerse de Cutty Sark o de Four Roses era necesario hacer un largo desplazamiento hasta el único depósito de licores legal de la ciudad (The City), depósito instalado en un galpón y regentado —¡oh inhumana crueldad!—por ex-alcohólicos. Esto no era todo. Bajo la mirada turbia de deseo y contrición de aquellos arrepentidos pecadores, mirada que en sí misma era suficiente para disminuir de mitad la sed del comprador eventual, éste debía llenar una hoja de papel con su nombre y datos personales. Sólo entonces podía pasarse a la segunda fase de aquella engorrosa operación que tenía, al menos, el mérito de eliminar a los analfabetos: anotar, manteniendo la firmeza del pulso, el nombre del producto ansiado, el título de la etiqueta y el número de botellas pagadas. Acto seguido, después de hacer la interminable cola que salía desde el interior del establecimiento, el formulario debía ser entregado al ex-alcohólico correspondiente quien, rezongando y provisto de un canasto, partía en búsqueda del pedido. Curioso agujero de la Ley, la cifra que determinaba el número de botellas podía ir de cero a infinito, sin que la moral recuperada del antiguo alcohólico pudiera intervenir en el proceso. Sin duda esta estratagema fue causa de la fiebre de alcohol que afectó a J-A pues, temiendo lo peor, salía del depósito con cuantas

botellas le era posible cargar. Y como una vez en casa le era preciso evitar que Josefina vaciara el contenido del cargamento por el lavaplatos, debía apresurarse en hacer pasar el líquido por su siempre reseca garganta.

Los otros becados del Workshop —envidiosos en un comienzo de aquel escritor que creyeron nacido en Stratford-upon-Avon— aceptaron su supremacía moral e intelectual y de ahí en adelante nadie discutiría su liderazgo, del cual deberían dar testimonio los escritores siguientes: Gunnar Harding (poeta sueco, quien prometió a Palazuelos el premio Nobel para el año 1986), Freedy de Vree (atormentadísimo novelista belga, quizás porque poseía la más hermosa mujer vista en el Middle-West y porque su estupendo Porsche —arrastrado con él desde Europa— se negaba a rodar por las nevadas lomas de Iowa), Benigno Almeida Faría (escritor portugués que desertó muy pronto del Workshop, cuando comprendió que su hígado y su obra no resistirían el whisky cotidiano), Gustavo Sáinz (escritor mexicano, que vivía encerrado en su estudio por temor de que se le olvidara hablar y/o escribir el castellano), el poeta finlandés de habla inglesa Anselm Hollo, amigo personal de los Beattles, y el crítico Gordon Broderstone, quien venía desde Washington donde había encontrado a Vargas Llosa, a la sazón escribiendo a toda velocidad *Conversación en La Catedral* bajo el auspicio directo y desinteresado de la CIA.

Fenómeno extraño, Juan-Agustín Palazuelos no consiguió escribir nada significativo durante su estadía en el Workshop, pese a que, en principio, todo estaba reunido para que así fuera. La verdad es que no escribía ni una sola palabra desde hacía ya tiempo, precisamente desde 1966, cuando apareció en el diario *El Mercurio* una crítica de Hernán del Solar sobre su segunda y última

novela *Muy temprano para Santiago*. Nadie sabía, ni siquiera él (y en ese momento, tampoco yo, efímero visitante del Workshop) que no volvería a escribir nunca más y que la muerte lo aguardaba en Guayacán a su regreso a Chile...

[Continúa en el volumen MUY TEMPRANO PARA SANTIAGO]

SEGÚN EL ORDEN DEL TIEMPO